



LA FONTANA DE ORO

FELIX  
MADERO

## SI CICERÓN VOLVIERA

Entrar en la vida de Cicerón e ir después a la nuestra nos lleva a la melancolía y la sorpresa

SÓLO cuando releemos un libro descubrimos el encanto de los pensamientos que nos conmovieron; comprobar que las palabras y los ojos que las leyeron han crecido es pura emoción. Hace mucho leí *Momentos estelares de la humanidad*, de Stefan Zweig. Ahora, editado con gusto admirable en Acantilado, vuelvo a él. O él a mí. Así es si concedemos a los libros capacidad para sorprendernos. Si pueden acompañarnos, calmarnos, asustarnos, complacernos y amarnos, cómo no van a tener vida.

El libro es un compendio de hechos y biografías que le subyugaron, en unos casos, o le liberaron, en otros. Son miniaturas de la historia que se detienen en Napoleón, en Häendel, Goethe, Dostoiévski, Lenin... De todas ellas, ninguna tan luminosa como la que dedica a Marco Tulio Cicerón. Entrar en la vida del político romano y hacer lo mismo en la nuestra me lleva directamente a la melancolía y a la sorpresa al descubrir que medio siglo antes de que naciera Jesús ya había aquí seres que hicieron del humanismo y el humanitarismo la razón de vivir.

Enfrentado a César y a cualquier modelo de opresión; fustigó a Antonio, Octavio y Lépido, que se repartieron el Imperio; denunció en el Senado todo movimiento que pretendiera establecer equivalencias entre ley y poder. Apostó por la prudencia y la conciliación frente a la falta de escrúpulos. Y sabiendo que iba a morir, que su inquebrantable independencia no tenía defensa en los nuevos amos de Roma, dijo a los senadores que era mejor morir con honor que servir con ignominia. Luego, una espada asesina rompió su corazón, le cortaron la cabeza y las manos, las pusieron en una pica y las colocaron en la tribuna del Senado en la que Cicerón clamó contra la ilegalidad, la corrupción y la brutalidad. Pero antes avisó: la República —la libertad—, sólo se salvará si el individuo en lugar de tratar de sacar provecho personal de su puesto público, antepone los intereses de la comunidad a los privados. ¿Les suena, verdad?

Me ha parecido tan actual que se me han quedado viejos los periódicos que ayer me disponía a leer. La lucha por el poder en el socialismo; el poder como única idea. Ex presidentes regionales en el banquillo, chóferes que terminan millonarios, directores generales que compran la farlopa con el dinero de los andaluces, otros que ponen su cabezón en un aeropuerto al que no llegan aviones, jueces en el banquillo presuntamente prevaricadores; políticos juzgados que esperan justicia antes del pueblo que les vota que de un Tribunal. Me detengo y pienso: pero cómo no va a resultar Cicerón un personaje moderno, inquietante, audaz.

¿Dónde está Cicerón hoy? Quizá hayamos de seguir el consejo que el actor José Luis Gómez daba ayer en ABC a Alfonso Armada: *En el teatro y en la vida, la atención es la llave*. Estemos atentos, pues. Aunque no nos guste lo que suena. Aunque no entendamos el teatro de la vida. O la vida convertida en teatro.

PUEBLA



EL ÁNGULO OSCURO

JUAN MANUEL  
DE PRADAGRAN HERMANO Y  
VIDA CONSAGRADA

El cura que participa en Gran Hermano no es sino un producto natural de la descomposición de la vida consagrada

LEO que un sacerdote, religioso de la Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón, está participando en la nueva edición de Gran Hermano. La fértil e irreverente imaginación de Buñuel, puesta a urdir un esperpento religioso, no hubiese alcanzado a idear algo tan exagerado y desquiciante; pero que cosas tan exageradas y desquiciantes ocurran en la realidad, antes que en la ficción, nos demuestra, como ya afirmara Benedicto XVI, que la «mayor amenaza para la Iglesia no viene de fuera, de enemigos externos, sino de su interior, de los pecados que existen en ella». Y uno de sus pecados mayores es la descomposición de la vida consagrada, consecuencia natural de su disparatada asimilación al mundo, cuyas posiciones se adoptan porque se desespera de conquistarlo a partir de posiciones propias.

¿Cuál es la esencia de la vida consagrada? Básicamente, el seguimiento de los consejos evangélicos, que exigen una identificación más plena con Cristo que la de cualquier cristiano común, a quien le basta con guardar los preceptos (esta distinción entre preceptos y consejos está muy claramente establecida en el pasaje evangélico del joven rico). El problema empieza cuando estos consejos, en lugar de estructurar un género de vida más perfecto, se convierten en una

especie de proyecto sociológico: entonces, el fin primordial de la vida religiosa (que es la perfección propia, según el consejo evangélico: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo») se transforma en puro servicio al hombre; y lo que tendría que ser corolario natural se convierte en sí mismo en vía de desarrollo de la personalidad de sus miembros. Este sutil deslizamiento en la esencia de la vida consagrada acabaría infiltrando en su seno el veneno de un secularismo que ha causado estragos en muchas órdenes y congregaciones: empezaron por jubilar el hábito y sustituirlo por ropas seculares, siguieron por alejarse de la observancia rigurosa de sus votos... y acaban cobijando miembros que se pirran por participar en Gran Hermano. Y todo ello por asimilarse mejor al mundo, por servir más plenamente al hombre; lo cual, consumado el deslizamiento original, es de una lógica implacable.

Hubo un tiempo en que las comunidades religiosas tenían prohibido el uso de la televisión, por considerarse que debilitaba el espíritu de la vida comunitaria. Se permitió luego su uso a la comunidad como tal, para finalmente transigir con su entrada en las celdas o habitaciones individuales de los religiosos. Y, paralelamente, se propagó la grotesca y nefasta idea de que la evangelización tendría que lograrse a través de los «medios de comunicación»; en lo que se desprecia el ejemplo del mismo Cristo, que confió la propagación de su Evangelio al testimonio personal y directo, de corazón a corazón. Únase a esto el debilitamiento de los votos de obediencia, que antaño vinculaban a todos los miembros de una comunidad religiosa a perseguir en común los fines del instituto y que hoy han cedido ante el espíritu de independencia y emancipación igualitaria de sus miembros (pero si la vida consagrada hubiese de satisfacer la independencia y emancipación de sus miembros no existirían institutos religiosos: es del género tonto entrar en una comunidad para hacer por cuenta propia las cosas cuya realización en común es la causa de asociarse). El cura que participa en Gran Hermano no es, en fin, sino un producto natural (exagerado y desquiciante, si se quiere; pero natural) de la descomposición de la vida consagrada. La fértil e irreverente imaginación de Buñuel, puesta a urdir un esperpento religioso, no lo hubiese hecho mejor.